

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

**RAUL de RAMON**

ON AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Arturo Valdés Phillips

Carlos Ruiz - Tagle

Tirada: 1.000 ejemplares  
Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento S. A.  
-- Arturo Prat 1428 --  
Santiago de Chile, 1985

*¿Quién soy?*

RAUL de RAMON

EPIGRAFE N<sup>o</sup> 1

*(Décima publicada en "El Avisador Chileno", Santiago, 28-X-1824).*

—“¿Por qué te ves abatido?  
Preguntó un Raposo a un Perro.  
—¿Por qué no dejas tu encierro  
y haces en el mundo ruido?  
¿Por qué ya no has conseguido  
el favor y el valimiento?  
¿Por qué tu grande talento  
en alto no te llevó?  
Y el Perro le respondió:  
—Porque no adulo ni miento”.

EPIGRAFE N.º 2

*(Del diálogo de don Beltrán y don García en "La Verdad Sospechosa" de Juan Ruiz de Alarcón, Madrid, aproximadamente 1613).*

—¿Sois caballero, García?

—Téngome por hijo vuestro.

—¿Y basta ser hijo mío  
para ser vos caballero?

—Yo pienso, señor, que sí.

—¡Qué engañado pensamiento!  
Sólo consiste en obrar  
como caballero, el serlo.

¿Quién dio principio a las casas  
nobles? Los ilustres hechos  
de sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos,  
hazañas de hombres humildes  
honraron sus herederos.

Luego, en obrar mal o bien  
está el ser malo o bueno.

¿Es así?

—Que las hazañas

den nobleza, no lo niego;  
más no neguéis que sin ellas  
también la da el nacimiento.  
—Pues si honor puede ganar  
quien nació sin él, ¿no es cierto  
que por el contrario puede  
quien con él nació, perdello?

### *El Camino del Chanco*

No comenzaré desde un principio, como es tradicional.

Frente a un orden y método coercitivos, mi pensamiento se debate como un potrillo nuevo maneado ante un paisaje oxigenado y libre. Por lo demás, resultaría cómico que comenzara diciendo:

—De niño yo era flaco, rubio, tímido e introvertido. Aunque sea la verdad estricta, resulta difícil de tragar.

Prefiero recordar algunos hechos que considero en extremo significativos.

Hace un buen número de años, llegó a Santiago un cantante norteamericano de moda llamado Paul Anka. El camino de Cerrillos a Santiago fue acordado por las Fuerzas de Orden en prevención de desbordes populares. Grandes masas se reunieron para re-

cepcionar y vitorear al artista. En medio del descomunal jolgorio, bajó también del avión un viejecillo calvo, vestido de oscuro, con gafas y un maletín en la mano. Sólo lo esperaba otro veterano de igual traza: calvo, de oscuro, con lentes y maletín. Subieron ambos a un automóvil pequeño e insignificante y tomaron el camino a Santiago sin pena ni gloria. El viejito del avión era Stravinsky.

Pero no somos los únicos. Un amigo nuestro estaba en Madrid cuando se abatió sobre la Madre Patria la muerte de Juan Ramón Jiménez. Vio con agrado como las muchedumbres se juntaban en las calles.

—Otra cultura, pensó. El pueblo se reúne a llorar a su Poeta. Por desgracia no era así. Era el Real Madrid que volvía de uno de sus grandes triunfos.

Otro amigo, artista, nos planteó una vez su desaliento frente al silencio de los medios de comunicación en referencia a su trabajo, que era realmente bueno.

—¿Qué demonios hay que hacer para salir en los diarios? preguntó.

Le contesté sin amargura:

—¡Hazte futbolista!

Es verdad que no es ningún consuelo que sea un fenómeno universal. Parte considerable de los denominados Homo Sapiens —y en esto la ciencia ha teni-

do una buena dosis de humor negro— parece derivar en forma incontenible hacia el Homo Vulgaris.

Siempre el hombre tuvo inclinación a usar lo que en el campo se llama “el caminito del chanco”. Se ha observado que los porcinos, inteligentes aunque eminentemente prácticos, en su tránsito diario eligen su camino según la ley del menor esfuerzo. El constante trajín limpia el sendero de piedrecillas y hierbas, lo hace más expedito y lo convierte en “el caminito del chanco”.

En el mundo actual el chanco ya no elige su camino ni los puntos de su destino. El enorme poder de la propaganda, la publicidad, la comercialización y el consumo señala su norte y lo lleva a él por una senda llana y atractiva. Lo ha convertido en un engranaje comercial “útil”.

### *Caballeros, Monos y Dragones*

Los artistas e intelectuales de siglos pasados vivían en relativo aislamiento del tráfico mundano, buscando un ambiente propio de estudio y reflexión que les permitía fructificar con independencia. En el día presente, viven inmersos en un mundo confuso como campo de Agramante.

Creo con firmeza que el artista no debe sumergirse en ese río revuelto. Su principal compromiso debe ser consigo mismo, con los suyos, con lo propio, con aquello que termina por delinearse como permanente en su raza y en su nacionalidad. Un artista es un Adelantado, un ser cuyas antenas sensitivas van más allá de lo mediato y que no puede ser deslumbrado por modas e ideologías. De ese modo su obra escapará a la transitoriedad y conseguirá valores permanentes que serán apreciados y utilizados por aquellos que como él sean independientes, no sólo durante sus días, sino en el tiempo por venir. Seguramente no obtendrá la notoriedad de la noticia, ni el triunfo, ni el aplauso fácil, y tendrá que afrontar con entereza el ser su propio juez. El más duro tal vez e insobornable. Y podrá aspirar a ser considerado, en la más castellana y noble acepción de la palabra, un caballero.

Un caballero no de lo exterior sino de lo interior.

Recurriré, para dejar mi pensamiento claro, a mis propias palabras del libro "El Caballero y sus Dragones", que vio la luz hace dos años, y en el cual los últimos simbolizan principalmente a la envidia, la adversidad y la incomprensión.

Solicitado por su sobrino ansioso de verdad, un viejo señor define el término:

—“Un caballero tiene siempre que humillar dragones. No hay épocas para la caballería. Basta reconocer ideas como irrenunciables. Ellas generan los dragones. Pero la muerte de ellos engendra dragones nuevos y un caballero debe, eternamente, acometerlos y humillarlos. Es su oficio”.

“Un oficio que te llevará, fatalmente a la soledad, y recibirás, en cambio, sólo un pago interior. Ni siquiera el amargo de los conductores, si no te conviertes en uno: glorificados cuando pasan a servir de ejemplos, rechazados mientras viven, como una demostración de la mediocridad del medio. Tu pago interior será el que te concedas y te lo reconocerán los tuyos, que siempre serán pocos”.

El muchacho siente un vértigo de tristeza y pregunta:

“—¿Estoy condenado, entonces, a la soledad? ¿No puedo escoger un camino más amable?”

El señor responde:

“—Puedes. Pero no lo harás. Lo que te lleva a ser quien eres nace en tu interior. Es una planta cultivada por generaciones. Florecida en tu alma, no querrás que muera. Desearás transmitirla intacta. Acrecentada”.

Luego su madre se refiere al medio:

—“Es como el cuento de los monos en la rama. El que está abajo tira la cola al de más arriba. Más subes, más te la tiran, porque, con el hecho de elevarte, dejas en evidencia al que, por flojera o falta de imaginación, se ha mantenido en su rama. Bajándote se justifican, quedan en la más alta sin trepar y sin necesidad de plantar árboles nuevos en los cuales ellos sean los primeros”.

El muchacho pregunta:

—“¿Hasta dónde hay que trepar?”

Y su madre le contesta:

—“¡Hasta donde te aguante la cola!”

Estas dos citas conforman lo principal de mis creencias en las leyes de conducta: *Seremos quienes somos* y seremos merecedores, con el tiempo, al nombre de aquel príncipe de Las Mil y Una Noche, Kanmakán: *Fue el que fue*.

### *La Lámpara Encendida*

Pero la soledad no es tan absoluta. En la oscuridad de la noche, cuando uno a veces lee, muchas veces sorprendido por su actualidad, el pensamiento de algún escritor de siglos pasados, a la luz solitaria de su lámpara, siente como una mano amiga y comprensiva que

se le apoya en el hombro. Ya no alienta la vida de ese solitario. Muy posiblemente sus ideas y su arte no hayan trascendido durante sus días. Pero fue valiente e insobornable para dejarnos un testimonio imperecedero de su creación. Ha logrado, a través del tiempo, hacer contacto con nuestro pensamiento. Se ha establecido la cadena. No se puede aspirar a mayor logro: bucear dentro de sí mismo lo mejor para cuajarlo en un mensaje que pueda, a través de la negrura de los tiempos, apoyarse como una mano amiga sobre el hombro de otro solitario que lee junto a su lámpara encendida.

### *Prudencia y un Mono Inoportuno*

Me es difícil hablar sobre mí mismo y estoy consciente que mis palabras despiertan los dragones. Daría mucho porque otro lo hiciera por mí. Dudo que nadie me crea vergonzoso. Como artista de escenario siempre he recibido los aplausos compartidos. Las alabanzas me confunden. Si son justas, preferiría escucharlas oculto tras una cortina; si son escasas, no me duelen; si exceden a mis apreciaciones, me suenan a burla y habría preferido no escucharlas. En todo caso me recuerdan

demasiado la moraleja de la fábula del oso: "Si el sabio desaprueba, malo. Si el necio aplaude, peor".

Por eso habría preferido mantener mi boca bien cerrada. No me habría costado mucho. Aprendí a hacerlo de pequeño.

Los domingos almorzaban en casa de mis padres mi abuela y mis tíos maternos. Mi padre fue hijo único. Era el día de la semana que se me permitía compartir la mesa de los grandes. Mis padres solían traspasar los sábados y ese domingo los despertó el teléfono muy temprano. Era la Mama Clara, de la casa de mi abuela, que avisaba que en lugar de ir a almorzar mi tío Raúl, mi padrino, lo haría mi tíoabuelo Alberto.

Mi padre, indignado, no apreció la diligencia de la vieja. El puesto en la mesa no cambiaba. Alegó bastante rato, como era su costumbre, y remató furioso:

—“Por último, ¡Da lo mismo un mono que otro!”

A la hora del almuerzo, empetrencado en alta silla yo observaba a mi tío Alberto. Era un viejecito simpático y venerable. Rubio, de ojitos azules, bigote retorcido y perilla en punta. No bien se hizo un silencio en la conversación, lo llamé:

—Tío Alberto.

—Dígame, mi hijito.

La fatalidad abrió mi boca:

—¡Mi papá dijo que usted era un mono!

Terminado el almuerzo, mi padre se fue quedando atrás mientras los familiares salían del comedor. Me llamó con amabilidad:

—Venga, mi hijito.

Nos fuimos muy lejos. ¡Qué terrible “fleta”! Tenía una fuerza descomunal. La prudencia quedó grabada para siempre en mi trasero. Supongo que el destino habrá metido su cola, pues los nombres de mis tíos, inocentes en el hecho, se habían unido algunos años antes para mi bautizo en mi nombre: Raúl Alberto.

### *Niñez Campesina*

Mi familia estuvo siempre ligada al campo y buena parte de mi niñez transcurrió en Chomedahue, Santa Cruz.

Más notable que la extensión de los períodos que con mi hermano mayor pasábamos en el fundo, era la situación en que éste se encontraba con respecto a Santiago.

Sin radio ni teléfono y sin más transporte que el coche y los caballos, nuestra vida se sumergía en una

época robusta, más cercana a la segunda mitad del siglo pasado que al presente.

De esta manera, quedé en los años más inconscientemente permeables de la niñez en contacto con una "sabiduría incontaminada, síntesis de experiencias de siglos, lubricada por un vivo sentido del humor y un refranero digno del Siglo de Oro". (Las citas pertenecen al "Caballero y sus Dragones").

"Una fórmula de pensar común unía a señores e "inquilinos y sus gamas intermedias, aceptadas libremente por ambas partes. Ningún razonamiento foráneo podía introducirse, innovador, a destruir lo que "el vivir había rubricado. Quedé abierto a gozar, sin "mayores restricciones, la existencia que igualaba a la "familiar escala social campesina, comúnmente encadenada por parentescos ilegales, cuyo cuestionar resultaba más improductivo que vergonzoso". Años más tarde, pude enterarme de la extensa fama pobladora de algunas ramas de mi familia. Hubo el caso de once hermanos varones de los que se casaron dos, siendo claro que los otros nueve no habían nacido con vocación de monjes. Para mayor complicación no hacían mayor distingo si el origen de las damas era de cuna o de canasto. Así fue como uno de los bisabuelos

recibió una noche una puñalada en la espalda, en una encrucijada, que embotó la manta de castilla.

Era un caballero muy fornido y, por lo tanto, de carácter tan calmado que, desde lo alto de su caballo, observó:

—Señor, me parece que usted se ha equivocado.

Ei chisporroteo de un yesquero le iluminó el rostro y el agresor se deshizo en explicaciones.

No era él el destinatario del golpe aleve, sino uno de sus alegres hermanos.

“La estricta etiqueta de los hogares humildes, heredera de siglos de señorío español, demostraba que la llamada ignorancia de los huacos modestos era más bien un desencuentro de cultura, en el cual la añejez era más bien un refrendar que una negación”. Muchos términos de su lenguaje, desaparecidos en la urbe, figuran en el diccionario, como palabras corrientes o arcaísmos. Estoy seguro que innumerables personas se sorprenderían al saber que las descuidadas terminaciones verbales corrientes, correspondientes al pronombre vos, como: vos tenís, vos sabís, vos andai, vos amai. (En Argentina, tenés, sabés, andás, amás), corresponde, con supresión de una vocal o consonante, a los cortesanos; vos teneis, vos sabeis, vos andais y vos amais.

En el fundo existía una jerarquía tácita. A los empleados de más edad solía llamarlos “tíos” —más de uno lo era por derecho propio— según la fórmula de respeto heredada de los árabes, los cuales incluso llaman a su esposa “la hija de mi tío”. Mis compañeros de juegos eran los hijos de los inquilinos, nacidos en la misma tierra por generaciones y compañeros de juegos de generaciones de los míos.

“Entraba y salía de sus ranchos con natural fluidez. Tomaba mate con las viejas abuelas, compartiendo sus bombillas y escuchando sus historias y cuentos de tiempos pasados. Las de los hombres que comentaban la suerte de las cosechas y las pestes del ganado me iban interesando por oficio propio; pero lo que despertaba mi pasión y mi siempre insomne imaginación eran los mitos y supersticiones que cuajaban sus creencias acerca de lo sobrenatural, y las tradiciones de venganza y muerte que daban cuerpo a su sentido de justicia y respeto por la hombría”.

Con los vaqueros del fundo “me divertía enormemente y acrecentaba mi cultura personal, pues con los años pude ir confrontando mis conocimientos literarios con la filosofía empírica de los jinetes. Cada dicho, sentencia o refrán eran producto de siglos de experiencia. Innumerables transmisores orales los

“habían acomodado y pulido, según sus necesidades vitales. Incluso nuestras mismas galas de jinete tenían su razón de ser, práctica o anímica, para haberse perpetuado de generación en generación”.

“Este confrontar llegó a serme imprescindible. Y noté, para mi deleite, que ellos lo buscaban con igual ansiedad. Y que las liebradas, tomatinas y comilonas dejaban de tener brillo propio sin las luces de una buena conversada. Hasta el impenitente vicio del pelambre y los sobrenombres respondía a la necesidad de un definir sintético. Y la fronda imaginativa de las historietas personales, a sentencias cuyo valor anulaba el de su propia realidad”.

“La permeabilidad de mi niñez me hizo beber con avidez y memoria esa sabiduría práctica hasta formar una estructura básica, sobre la cual el conocimiento culto fue añadiendo, con el tiempo, nuevas capas y ramificaciones admirablemente acordes. Con los años vine a descubrir que el camino de la tradición y el de la cultura, sometidos a libre examen, convergen cuando el respeto a la individualidad y la experiencia sobrepasan la inmutabilidad del dogma”.

En esta forma, fui huaso no sólo por tradición familiar sino por convicción propia hasta el punto que continuó siéndolo aún cuando el cordón umbilical que

me unía a la tierra haya sido bruscamente cortado. Ha persistido en mí a través del recuerdo y de la investigación el amor por la tradición de la caballería huasa y de la militar que tanta gloria han dado a Chile.

### *Una Estampa Heroica*

Un solo recuerdo negativo viene a salpimentar mi niñez ecuestre.

Por aquellos tiempos había recibido un flechazo en un ojo, jugando con mi hermano, que me causó estrabismo y condena durante años a usar anteojos correctivos. Mis tíos, con poca piedad, pasaron a llamarme "Rubitunis" —rubio y turnio— y mi aspecto, poco bendecido de los dioses, empeoró hasta el punto de arruinar años de fotografías de huaso. Turnio, con anteojos redondos, bonete crecedor con pompón colorado, manta verde, pantalones castellanos, faja tricolor y ¡horror! sandalias, pues mis padres no estaban dispuestos a comprarme zapatos de jinete cada vez que me crecieran los pies, creo haber sido el hazmerreír de la huasería y la caballería patriota.

El año que cumplí los ocho, ingresé al Grange School, colegio británico, en el que permanecí hasta completar las humanidades.

Antes de escribir, ya dibujaba. De bruces, sobre el piso, trazaba los perfiles acusados por la edad de mis tíos abuelos sobre papel de envolver. Esta habilidad, en el colegio, me sacó del montón. Obtuve premios y distinciones, sin embargo mi inclinación, cada vez más fuerte hacia la poesía no obtuvo la aprobación de mis profesores, apegados al más depurado clasicismo castellano. En cambio me puso en contacto con un bagaje literario que hoy en día permanece arcano para nuestros estudiantes y que muchos que se dedican a las letras consideran superfluo y obsoleto en la medida que permanece fuera de la comodidad de su alcance.

Cursando aún las preparatorias, experimenté un impacto que resultó decisivo en mi formación.

Uno de nuestros profesores nos hacía representar, de vez en cuando, sus lecciones para que las fijáramos mejor en la memoria. Hablándonos de Drake, nos hizo transformar la sala de clases en la cubierta de un barco. Yo era el vigía y debía gritar, según sus instrucciones:

—¡Barco español a la vista!

Fue tremenda mi emoción y de súbito la verdad me golpeó con mi propio pensamiento. Ese era mi barco. En él debería haber estado yo. Era el de mi raza, de mis antepasados.

Había encontrado *mis raíces*.

Dos guerras mundiales habían sacudido fuertemente y con mínimo intervalo a los ingleses. Habían resistido hombro con hombro, apoyados en su tradición y en su fe incommovible de estar en la verdad. Lejos de su patria en peligro, nuestros profesores llevaban su nacionalidad hasta el extremo. Eran dueños de un arma de defensa todopoderosa. Pero su mismo orgullo y fe, aunque contagiosa, era imposible de compartir hasta el fondo por seres de otra raza. No era vanidad sino necesidad el remacharse y remacharnos sus héroes centenarios, desde el rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda en adelante, sus poetas, dramaturgos y pensadores. *Eran sus raíces*.

Inevitablemente, en forma personal, y sin renegar en absoluto de la formación que se me daba, este anglicismo me fue obligando a preguntarme si teníamos *nosotros* un patrimonio de semejante riqueza y robustez, o si estábamos en condiciones de desigualdad.

El instinto me decía que no.

Y comenzó un proceso que dura todavía y que más tarde avaló Jaime Eyzaguirre, conversando conmigo acerca de un trabajo de historia que yo había preparado en la Universidad: "el buen historiador, como un poeta, debe soñar primero y luego procurar probar documentalmente que su sueño era verdad".

De cabeza me metí en la historia y en su valioso acompañante la novela histórica, en la literatura chilena y en los clásicos castellanos con la invaluable guía de las ya desaparecidas Crestomatías Españolas. Poco a poco y con satisfacción tremenda fui descubriendo el vigoroso y amplio tronco de la hispanidad. Teníamos de todo. Para prestar y dar.

### *Gentlemen e Hidalgos*

La imagen ideal del gentleman inglés, tostado, vestido de tweed, confortable en su elegante casa campesina, junto al fuego de la chimenea y con el setter a sus pies, fue retrocediendo frente a la mortal palidez de los espirituales hidalgos del Greco, con la cera de sus rostros y sus manos iluminados por su luz interior, destacados contra el sombrío lujo de sus ropajes negros apenas adornados con la gola almidonada, el puño de la espada y la venera de las órdenes de caballería.

Según las “Siete Partidas” de don Alfonso X el Sabio, escritas en la segunda mitad del siglo XIII, “*Algo* quiere decir, en lenguaje de España, como *bien*; por eso los llamaron fijosdalgo, que muestra a tantos como fijos de bien”. Y *bien* en castellano es “Aquello que en sí mismo tiene el complemento de la perfección en su propio género, y que es objeto de la voluntad, la que no se mueve ni puede moverse sino para lograrlo”. Y está claro que al hablar de hombre de bien, no estamos hablando de nada material, y que hijos de bien implica tener padres de bien, o sea una cadena de bien espiritual que debe mantenerse, cuidarse y confirmar por sobre todas las cosas de la vida.

Para Jaime Eyzaguirre el nacimiento de la confrontación del hidalgo y el gentleman está en la aceptación o no del libre albedrío, por razones religiosas o laicas. El determinismo destaca la riqueza y el buen éxito en las empresas mundanas como un premio proveniente de lo Alto y un fin utilitario de la vida. El libre albedrío entrega el destino en manos del espíritu y la formación moral, y su norte no son los bienes sino los ideales, sin transacciones de interés. Así puede Cortés escribir a su padre diciendo: “que tiene por mejor ser rico de fama que de bienes”. Y Eyzaguirre puede destacar en su irrefrenable amor por la raza que nos diera

el ser: “el gentleman, a pesar de sus estudiados modales, es en el fondo un mercader; mientras el hidalgo, no obstante su raída exterioridad, es un señor. Porque propio del mercader es el saber ganar; y propio, en cambio, del señor, el saber perder”. Puedo añadir, por cuenta mía que no considero vergonzosa la condición de mercader que, según el castellano, es aquel que “trata o comercia con géneros vendibles”; pero tengo en mi conciencia de añadir el viejo dicho campesino: “es más difícil ser señor que ser doctor”.

### *Herencia de Señores*

Herencia de la hispanidad es el individualismo, condición que suele atravesarse como palo en una rueda en los conceptos políticos y comerciales de la actualidad en que el hombre cuenta sólo como integrante de la masa. Pero el individualista, nacido con naturalidad según el desarrollo de su mente, está acostumbrado a remar contra la corriente, sin doblegar su voluntad al hecho que la mayoría se deja arrastrar con comodidad río abajo. Lleva por brújula su espíritu y por remos el acopio de sus conocimientos.

No me fue difícil establecer la continuidad entre la España en sus momentos de mayor gloria y la His-

toria de nuestro país. Antes que palidieceran los ideales que la convirtieron en la grandeza del pensamiento y el poder que fue, se derramaron incontenibles sobre América, seleccionándose, en forma natural, sus hombres de mayor esfuerzo y convicción en la conquista de los territorios más duros de esperanza pecuniaria. La leyenda negra de su crueldad terrible, normal en un país que recién se independiza, queda desvirtuada al someterse a la comparación con la conquista de otras razas de incluso tiempos posteriores, al respeto por el adversario que generó "La Araucana", al estudio de las lenguas nativas y a la tan temprana creación de centros de estudio y universidades. La integridad y honor de esos caballeros queda estampada en la respuesta de Altamirano a Valdivia en Tucapel cuando éste busca su opinión ante la inminencia de la feroz derrota: "Que quiere, Vuesa Merced, que hagamos, sino que peleemos y muramos".

Establecer esa continuidad fue una lección de gran provecho para mí. Averigué temprano que cavando en lo propio y dentro de sí mismo se podía encontrar todo lo necesario como para no tener que desear la fruta del cercado ajeno. El material para todos los sueños y la documentación para hacerlos realidad.

Las luces de siete siglos de guerras contra moros

—nobles y cultos adversarios y también antepasados— siguieron encendidas durante la Conquista, en la guerra civil que nos dio la Independencia, y en las dos guerras contra el Perú y Bolivia, que fueron duras en la medida que parte de la oficialidad del entonces enemigo descendía de la misma estirpe, con un fulgor bastante como para iluminar a diez países como el nuestro. La respuesta feroz de Altamirano en Tucapel, jamás desmentida en nuestra gesta heroica, encuentra su eco en el seco y espartano artículo 21 del título 22 de la Ordenanza Militar: “El oficial que tenga orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará”.

Tampoco encontré dificultad en establecer esa continuidad con nuestras tradiciones campesinas. Nuestros señores huasos parecían calcados en buena proporción de sus antepasados hijosdalgo, hasta en el sombrío lujo de su vestimenta en la que domina el negro, el chamanto mosqueteril, el rojo, el cuero lustroso y la plata.

El señorío español llegaba hasta los más humildes ranchos y la pobreza era merecedora, con mayor razón, del respeto y dignidad. Reinaba la más generosa hospitalidad: aquella que se priva hasta de lo indispensable en obsequio del huésped, pese al adagio que señala que “el huésped y el pece a los tres días hiede”. Los

hubo en nuestro recuerdo que llegaron, en su soledad, por los tres días y se quedaron hasta su muerte en paz, treinta años después.

Mis conocimientos, corrientes en ese tiempo, sobre el Siglo de Oro me permitieron ver como verdecía aún en nuestras tonadas y cuecas anónimas y como las décimas de los "puetas" entroncaban con la poesía juglaresca hasta el punto que sus héroes normales eran tan remotos como el caballero Roldán, Genoveva de Brabante y Carlomagno con sus doce Pares de Francia.

### *Arquitecto en las Nubes*

Cuando dejé el colegio, mi vocación era aún ser pintor. No daba la espalda a la poesía, a la literatura y a la historia, sino consideraba con sinceridad que mi mayor capacidad era la pintura. Varios maestros, algunos de ellos extranjeros, creían ver en mí material lo suficientemente sólido como para mis aspiraciones.

Por aquellos años, no se consideraba, en la práctica, más destino, para un muchacho, con la preparación que se me había dado y el ejemplo de mi familia, que las profesiones liberales. Mi vocación era un lujo que podría permitirme cuando tuviese una herramienta decente con la cual ganarme la vida. Sin soñar oponerme

a la opinión paterna, elegí la profesión que me pareció menos reñida con mis sueños, e ingresé a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica con un título que debería haber sido voz de alerta: Bachiller en Letras.

Pero si en el colegio me había sentido arrevesado, en Arquitectura fui extranjero de frentón. Abandoné mis sueños de pintor ante una perspectiva de cultura especializada que hacía imprescindible postergarlos hasta no saber bien qué quería de mí mismo. Mis estudios nada tenían que ver con ser artista, y fui progresivamente considerándolos prosaicos, acartonados y uniformizantes. Al proyectar, lo más remunerativo era empaparse en las revistas del ramo que llegaban del Brasil, y era tan desembozada la copia que se hacía de ellas, llevada al "estilo", aunque se pretendía hacer arquitectura funcional, que hasta la vegetación que se dibujaba era copiada sin tapujos. Creo que uno de nuestros árboles criollos o aquellos de origen foráneo ya incorporados a nuestro paisaje, como el sauce, el álamo o el eucaliptus, se habrían visto en un proyecto como una calavera en un festín egipcio.

Durante años estudiamos materias cuya justificación no parece ser otra que no soltar a la calle a un

muchacho demasiado joven con un título profesional bajo el brazo.

Todo menos arquitectura chilena.

Creo que lo rescatable de los conocimientos impartidos no tomaría más de un año y medio o dos para una persona con criterio. Y dudo que el mantenerla dentro de una facultad por cinco o seis años, demorando su maduración, la obligue a adquirir lo que la naturaleza no le había destinado.

Mi vocación profesional cuajó poco antes de dejar la Universidad. Me abruma el convencimiento de haber estudiado una profesión equivocada con cuya enseñanza me sentía a contrapelo.

Un discípulo y amigo, preocupado por mi trastorno interior, terminó por obligarme a definir sus causas. El estallido vino sin preparación. Le dije:

—Rechazo la formalidad estéril de nuestra arquitectura “funcional”. Es tiesa y falsa. Está lejos de ser “la máquina para vivir feliz”. Desdeña los logros del pasado por no avenirse con su “estilo”. Su limpieza es embustera pues oculta sus instalaciones de modo que repararlas equivale a una demolición. Su solidez sobrepasa la vigencia de sus habitantes. Por último, no encuentro en ella la sensación de hogar de las viejas casas colchagüinas, solares vividos, sencillos pero orgu-

llosos. Y me sentiría más yo, antes que en un estar moderno confortable, en un viejo salón de piedra o adobe con sus muebles severos, rodeado de recuerdos familiares y con un herrumbroso escudo de armas sobre la chimenea.

Me contestó:

—Si esa es la arquitectura en que crees, ¿por qué no la haces?

¡La manzana de Newton había caído sobre mi cráneo inconformista!

Tenía conocimientos librescos y *vividios* sobre la materia y una base cultural afín. Así nació mi proyecto de título. Pero mi vida de arquitecto funcionario, única opción sólida que obtuve, fue una simple continuación de mi navegar contra la corriente. Como arquitecto particular obtuve un cliente inapreciable pero de bolsa reducida, mi propia esposa. Finalmente la música me sacó del pantano y de la arquitectura. Mi alma renació cuando la primera se transformó en mi forma de subsistencia y la segunda en mi hobby.

### *Los Cuatro Huasos*

Mi familia, tanto la rama paterna como materna, siempre había estudiado música, de buen o mal grado.

Mi bisabuela, doña Ana Basterrica Valenzuela, mantuvo una orqueta de cámara bastante famosa y que dio muchos conciertos públicos y privados. Uno de sus hijos, Aurelio, creó una cadena de cines de barrio y contrató a cuatro muchachos universitarios para que actuaran entre película y película. Descontento de su nombre, algo así como Cuarteto Criollo Nacional, los bautizó como "Los Cuatro Huasos" y los ayudó a comprar sus primeros aperos. Su buen éxito fue sorprendente y su primero y extenso repertorio, canciones anónimas que recogieron entre familiares y niñeras. La victoria de nuestra casa de campo en Chomedahue, Santa Cruz, estaba atiborrada con sus grabaciones, favoritas incluso de mi serio y sabio abuelo. De esta manera, desde que nací, pude escuchar el invaluable contrapunto entre sus versiones y el inocente cantar de las viejas campesinas. Y "Los Cuatro Huasos" habrían de convertirse en una obsesión que me ha durado toda la vida.

### *El Jinete Solitario*

Junto con la Universidad nacieron mis primeras canciones.

No había abandonado la poesía. La escrita en años anteriores, por buena o mala fortuna, fue comida por los ratones literarios de Chomedahué con igual apetito que el que habían desplegado frente a los versos de Alejandro Flores, en tiempos de mi madre.

Ahora renacía con música, en forma simultánea y natural. Su temática principal, introspectiva.

Tenía vocación de solitario. Montaba a caballo y me perdía en la noche “como piedra en el silencio”.

*“Me gusta caminar solo  
sin tener más compañía  
que el silbido de los vientos  
barriendo la serranía.  
Sin tener más propiedad  
que unos pocos pensamientos  
y un caballo tranqueador  
para irlos siempre siguiendo”.*

Era como caminarme a mí mismo. La noche se hacía angosta, se borraban las fronteras del cuerpo y el alma quedaba flotando en la oscuridad. Caminaba y arreaba por caminar. No por llegar.

*“¿De qué le sirve al arriero  
llegar al fin del sendero,*

*si no ha de encontrar en él  
alegría ni consuelo?  
Su consuelo está en la tropa,  
en su eterno caminar,  
y el crujir de los arneses  
cantando en la soledad”.*

Este caminar interior era como el eterno círculo de la vida:

*“Yo busco por los caminos,  
de día, la noche larga;  
y en ella todas las sendas  
me llevan a la mañana”.*

En ocasiones, la soledad se hacía un juez severo que me llevaba a la angustia:

*“Siento dentro del pecho  
que va tupiendo el negro espinal  
que estrecha los senderos  
que mi alma busca en la soledad.  
Estrella que me guías,  
no me conduzcas una vez más*

*donde empieza el camino  
que es siempre el mismo en la oscuridad*" (1).

Lejos del campo, terminé por caminar mis propios corredores interiores, ahondando más la búsqueda de mis raíces y los fantasmas de mi pasado.

### *Siembra de Canciones*

En los primeros años de arquitectura, con Rogelio Muñoz, amigo, condiscípulo y conterráneo, comenzamos a cantar y pronto formamos un conjunto: "Los Huincas", junto a Miguel Avendaño y Sergio Rojo.

Cantábamos canciones mías y del repertorio de Los Cuatro Huasos en los "shows" de las radios, medio difusor "en vivo" de la época. El conjunto duró ocho años y vio pasar a 15 integrantes. Creo que Los Huincas me interesaron bastante más que la arquitectura que se nos inculcaba, aunque mi fervor no se vio nunca compartido por mis compañeros.

Finalizando mi carrera de arquitectura, con María Eugenia nacieron "Los de Ramón", y "Los Huincas" fueron palideciendo y se esfumaron hacia las sombras

---

(1) De las canciones de mi libro "Arreo en el Viento".

de las cuales los había hecho salir, según la afilada lengua de mi hermano mayor, gracias a mi látigo de cómitre de galeras.

Nací, en opinión de los míos, con alma de "preceutora". Lo que acusa mi incapacidad para hacer nada que no apunte a un fin. Y ese fin, con los años, ha probado ser siempre el mismo, aunque enfocado desde muchos ángulos distintos.

Esta vez me lancé a la tarea, sin considerar la feroz desmesura de mi intento, ni que no hubiese nunca antes sido intentada, de perfeccionar nuestra identificación nacional comparándola con las distintas ramas del tronco hispanoamericano y procurar avanzar la unidad continental a través de su música vernácula.

Una vez más, se remaba contra la corriente. Río abajo, cómodos y bien pagados iban los cantantes de boleros.

Pero nuestras presentaciones, que incluían instrumentos vistos por primera vez en Chile y vestuario típico, terminaron por interesar al público.

La prensa colaboró con nuestro esfuerzo y nuestro sobrenombre, que comenzó como una broma, "La O.E.A. Chica", diciendo que hacía bastante más que la grande, creció y se amplió.

Después de seis años de cumplir con el lema an-

daluz "A Dios rogando y con el mazo dando" comenzaron las grandes giras de "Los de Ramón".

Fueron años de gran dureza. Recorrimos varios países hispanoamericanos y, principalmente Méjico, Estados Unidos y el Canadá francés.

Nos dolían nuestros hijos. Además nos dolía Chile, nuestros padres y nuestros amigos. Pero también nos dolía renunciar sin conseguir el verdadero triunfo. No el de estrellas, que es casi imposible, aunque se le consagre todo; vida, dignidad, privacidad y familia; sino aquel con el que soñábamos: dar a conocer a Chile y a nuestro continente en toda la variación y enormidad de su música.

Aprendimos cosas inolvidables: que pese al afecto y buen éxito obtenidos "el pan ganado en otras tierras puede ser más abundante, pero es más amargo". Que, cualquiera sea el sacrificio pagado por salir adelante, será apocado y soslayado el reconocimiento de cualquier talento con la eterna frase: "¡Qué suerte tienen ustedes!" Que, salvo en Chile un extranjero que pretende ganarse el pan es mal mirado. Por último, que las actuaciones culturales son gratas, pero que las comerciales requieren un estómago reforzado con, por lo menos, panza, bonete, librillo y cuajo. No lo teníamos y aún no lo tenemos.

Enterados los 200 conciertos en América y UNO en Chile, pudimos decir razonablemente: ¡Basta!

Entre ausencia y ausencia, grabamos nuestros discos. En Chile y Méjico, trece longplays con música mía y canciones de América, destacando la instrumentación regional. Los primeros con canciones mías fueron en buena parte recuerdos de mis tiempos de Jinete Solitario. Luego, ampliamos el repertorio a todo Chile, con bailes de todas las zonas del país. En esta tarea contamos con el apoyo invaluable de nuestro amigo, el gran folklorólogo Manuel Dannemann.

La ausencia de nuestros hijos, durante nuestro destierro voluntario, nos hizo incluirlos en "Los de Ramón". Completaron la instrumentación, la armonía y... también las opiniones. La música nos unió con gran firmeza. Desafortunadamente sus profesiones, Leyes y Medicina, terminaron por apartarnos, y "Los de Ramón", si no reconocen el valor nacional de su tarea, correrán la suerte de "Los Huincas". Con la diferencia que el testimonio de su labor, en grabaciones, permanece en nuestro poder y podrá, pasado el tiempo, reeditarse. Personalmente, no he pensado guardar ni la guitarra ni el guitarrón en el ropero y pienso seguir luchando, como se dice en España, "hasta cinco minutos después de muerto".

## *Bajo el Alero*

A esas alturas debíamos pensar algo en el futuro.

Decidimos hacer realidad un antiguo sueño: un lugar para cantar y ser independientes. La dura experiencia nos había enseñado que tener un subalterno conocido, que aparezca en la T.V. y los diarios, es incómodo para cualquier jefe en cualquier trabajo.

No conseguimos socio. Conseguimos un préstamo bancario y pagamos, durante seis años lo que debíamos, los intereses, los reajustes y "las ganas". Estudiamos Hotelería y después de trece años esforzados estamos aún a flote. Nos anima la eterna frasecita alentadora: "¡La suertecita de ustedes!"

## *La Capilla*

El año 81, en una sala anexa al Alero llamada "La Capilla", se inauguró un Centro de Arte y Cultura que, a pesar de las opiniones de mis amigos publicistas, fue un éxito rotundo.

En sus principios, nos acompañaron dos artistas de gran prestigio, el pintor don Pedro Olmos y el escritor y folklorólogo don Oreste Plath. Hasta el presente se mantienen las exposiciones de pintura, bajo la direc-

ción de María Teresa Aravena, abiertas no sólo a los artistas de renombre, sino a aquellos que están haciendo sus primeras armas, con amplitud y humanidad que suele poner los pelos de punta a los críticos de arte. Se han lanzado muchos libros, presentado recitales semanales de cantantes, instrumentistas y conjuntos, se han mantenido reuniones literarias, y muestras de arte joven que reúnen a grandes grupos de todas las ramas del quehacer artístico. Sólo hay dos temas vedados: la política y la religión. Así hay paz.

Esta sala abierta y no remunerada habría sido difícil de mantener sin la desinteresada ayuda de Viña Santa Carolina.

### *Los Viejos Fantasmas*

Estos últimos años renacen los viejos fantasmas.

Con “Los Hidalgos” —Leonardo Sanz, Ignacio Basterrica, Héctor Inostroza y yo— han vuelto a la vida “Los Cuatro Huasos”. Cantamos porque nos gusta, por fortuna para la música chilena, sin esperar remuneración o reconocimiento, y conscientes, sin amargura, que para esa franja intermedia, sin la cultura de los de arriba ni la inocencia y espontaneidad de los de abajo, que se ha adueñado de los medios de comunica-

ción masiva y gestores del “nuevo caminito del chanco”, la música chilena es repugnante y el traje del Huaso Caballero abominable.

Hemos hablado del destino de mis primeros versos y del nacimiento de mis canciones. Luego me dediqué a publicar artículos sobre chilenismos en “El Mercurio” y “El Diario Ilustrado”. Tuve una página completa en “La Nación”, durante largo tiempo, llamada “El Quique, Gaceta de Campo” que incluía variados artículos, consejos de medicina campera, una vida social humorística con casos auténticos, informaciones sobre fauna y flora chilenas y una Lira Popular abierta a todos los “puetas” del país, que tuvo increíble correspondencia.

El año 79 publiqué numerosos artículos sobre los antecedentes de la Guerra del Pacífico en “Las Ultimas Noticias”, y un curso de cocina para varones en “La Tercera” durante dos años. Lamento decir que este último fue muy popular y en cambio los antecedentes, que consideraba de primordial importancia para nuestros connacionales, siempre desinformados en las causas que originaron el conflicto, más aún cuando una de las partes usa el tema periódicamente de lamentación internacional, no pareció inquietar a nadie.

Los últimos artículos, sobre vivencias auténticas,

están siendo publicados en la revista humorística "La Chuchoca".

Hace pocos años, el Departamento de Estética de la Universidad Católica me solicitó dos trabajos que fueron publicados en su revista "Aystesis" y que versaron sobre principios teóricos de folklore y sobre la arquitectura tradicional del Chile Viejo. Junto a otro sobre los trajes del huaso, que estoy corrigiendo, y a un catálogo de los instrumentos folklóricos chilenos, espero publicarlos en un plazo prudencial.

Buena parte de lo que he escrito ha sido calificado como criollista. Estamos en el país de las clasificaciones y casilleros simplistas. Normalmente no se admite que el que ha sido conocido en un oficio pueda destacarse en otro. Supongo que siempre me verán con la guitarra en la mano. Y todo cuanto hable de campo será criollista. Es, sin embargo, una escuela que chocó con mis sentimientos personales. Reconocidos sus valores, hay que admitir que lo nuestro se mira más bien desde fuera. No son sentimientos vividos. Los paisajes están minuciosamente descritos, no digeridos. Buena parte de su intención es política. Se glorifica al hombre humilde incluso en sus más abominables defectos, y se ignora al señor y al huaso caballero, forjadores de lo más estable de nuestra tradición, si no es para ridiculizarlo

o para presentarlo como el opresor del pobre. De las publicaciones contemporáneas se destacan como islotes solitarios "Gran Señor y Rajadiablos" de Eduardo Barrios, "Don Judas Romero", de Miguel Angel Padilla, en buena parte "Frontera" de Luis Durand, y otros pocos.

Gracias a la infatigable chilenidad y generosidad de mis auspiciadores Viña Santa Carolina y Ladeco he logrado publicar tres libros.

Después de escribirlo varias veces, publiqué en 1981 "El Caballero y sus Dragones", especie de ideario de un señor huaso, novela que compila un vasto espectro de las costumbres del Chile Viejo.

En 1982, "Raíces en la Bruma", poemario sobre la formación de la raza y la búsqueda de su vigencia a través de los senderos interiores, en corrección y complemento de lo escrito hace más de veinte años.

Este año, 1984, "Arreo en el Viento", que recoge mis canciones en lo que denomino "cancionero secreto" ya que su mensaje poético parece haber permanecido en tal estado.

Tanto mi convicción personal, como mi antigua vocación hacia la pintura y el dibujo, jamás acallada totalmente, me hicieron ilustrar los tres libros con viñetas, dibujos, grabados en madera y recortes de papel.

El Ministerio de Educación, a través de su Secretaría correspondiente, los ha declarado oficialmente como material complementario para la educación chilena en las materias de Castellano, Historia y Geografía.

Debo añadir, para mejor información de lo antes dicho, que no he vuelto al campo ni a mi Provincia de Colchagua desde hace más de quince años. No necesito visitar el campo para hablar de él y de su gente. Sólo mirar hacia adentro. Cavar en mis recuerdos. Para saber lo que piensa un huaso me basta saber lo que pienso yo.

Escribir, para mí, más que un placer es un deber. Debe ser a causa de mi alma "preccutora".

Me preguntan:

—“¿Estás haciendo tu testamento literario?”

Es posible. La última teja, la definitiva, suele caer sin aviso.

10 de mayo de 1984

*Raúl de Ramón*

**EN LA SERIE**

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS  
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

**Roque Esteban Scarpa  
Miguel Arteche  
Gabriela Lezaeta  
Manuel Francisco Mesa Seco  
Cecilia Casanova  
Fernando González-Urizar  
Julio Flores  
Antonio Cárdenas Tabies  
Jaime Quezada  
Emma Jauch  
Carlos Ruiz-Tagle  
Alicia Morel  
María Silva Ossa  
Isabel Velasco  
Juan Antonio Massone**

Pepita Turina  
María Urzúa  
Hugo Montes  
Nicolás Mihovilovic  
Ester Matte Alessandri  
Enrique Neiman  
René Vergara  
Hernán Poblete Varas  
Carlos René Correa  
Fernando Debesa  
Virginia Cox  
Carlos Morand  
Enrique Campos Menéndez  
Angel C. González  
Sergio Hernández  
Floridor Pérez  
Osvaldo Quijada  
Matías Rafide  
Isabel Edwards  
Eugenio Mimica Barassi  
Maité Allamand  
Teresa Hamel  
Guillermo Trejo  
Graciela Toro  
Ernesto Livacic  
Enrique Skinner  
Astrid Fugellie  
Rosa Cruchaga de Walker  
Raúl de Ramón



COEDICION  
ZAMORANO Y CAPE  
LIBRERIA Y EDITORIAL  
EDITORIAL NASCIME